

Las bibliotecas formativas y el fondo de libros raros y valiosos de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada de la Secretaría de Hacienda

Si la biblioteca es el complemento de la escuela como afirman sabios educadores, también es cierto que los bibliotecarios son el complemento de los maestros. Ambas y ambos cumplen la misma función, pues transmiten el conocimiento universal al estudiante; pero el maestro además educa, es decir forma la conducta, influye en la formación no sólo intelectual de los niños y los jóvenes, sino también en su aspecto espiritual, y moral. En este campo el maestro transmite no sólo conocimientos sino también valores y forma la conducta. Sin embargo la biblioteca no es tan sólo el receptáculo del conocimiento universal que está contenido en la inmensa diversidad de obras de todos los tiempos y de todos los hombres, sino que en ella esa inmensa riqueza está organizada, tanto temática como valorativamente.

La bibliología impone, para que el conocimiento llegue fácilmente a los hombres, técnicas y métodos que faciliten la transmisión del saber. Métodos estrictamente racionales, seguros, jerarquizados son los que se emplean en la biblioteconomía, bibliotecología, bibliometría, bibliografía, todas estas disciplinas derivadas de la ciencia del libro que es la bibliología.

Pues bien, los bibliotecarios que son los seres con que primero topan los estudiantes al pasar del aula a la biblioteca, a más de saber, de conocimientos, experimentados en sus disciplinas, de limpia y eficaz capacidad de servicio, son los que conducen a los lectores por los múltiples meandros que hay que atravesar para alcanzar en forma segura y efectiva las fuentes en donde el conocimiento está acumulado. Deben tener vocación para convertirse en auxiliares del maestro, quien a menudo sólo recomienda asistir a la biblioteca, pero no enseña ni da los pocos pero necesarios consejos o adiestramiento para aprovechar en forma rápida y segura el saber que yace en los libros. Es el bibliotecario, quien por su vocación y por sus conocimientos, rigurosamente adquiridos, sirve como agente entre el estudiante y las fuentes del saber que son los libros, para que la transmisión sea segura y efectiva.

No es mi intento dar una clase de biblioteconomía, sino de señalar que si los estudiantes encuentran funcionarios bien formados, responsables de sus obligaciones, se formarán mejor, aprenderán progresivamente las disciplinas que tratan de conocer. Asistirán con gusto y de continuo a esa institución en la que los empleados muestran cómo manejar los catálogos, enseñan a seleccionar el tipo de fuente que se requiere y orientan en medio de un océano de saber, sobre cuál es la porción más adecuada para trabajar, para aprender.

Este proceso educativo que las bibliotecas cumplen, es el que me ha llevado a designar a estas instituciones como formativas, y a señalar que aun cuando en principio todas las escuelas deberían ser buenas y formativas, como deberían serlo también las bibliotecas, no siempre encontramos ni maestros ni bibliotecarios a quienes se les pueda aplicar ese calificativo.

En la formación de una buena parte de la sociedad mexicana, el sector entregado al estudio por vo-

cación o por razones profesionales, ha actuado en forma prominente para la existencia de bibliotecas bien nutridas y con excelentes bibliotecarios. No existe nada más decepcionante para alguien que trata de saber, de aprender, que asistir a una biblioteca que no cuente con las suficientes obras que le permitan estudiar, ni tampoco con la presencia de empleados que sepan para qué sirven los libros que ellos solamente mal cuidan y que son incapaces de orientar, de dirigir a los asistentes a los libros que les pueden servir, que pueden satisfacer su necesidad de aprendizaje.

Ejemplos de esta situación son muy abundantes en México, pero cuando se encuentran los estudiantes ante una biblioteca bien surtida, con sus acervos rigurosa y racionalmente catalogados y clasificados y con bibliotecarios amables, bien dispuestos y conocedores de sus colecciones, es entonces cuando uno puede hablar de bibliotecas formativas, es cuando uno debe estimar a esa institución como un vehículo mejor de formación cultural.

Muchas fueron en mi formación cultural y profesional las bibliotecas que frecuenté. Añoro como la primera y más efectiva la que existía en mi propia escuela primaria, bien dotada de libros, complementarios a los de texto. Obras de historia, geografía, viajes, biografías y libros imaginativos como los de Verne, mejores que los de Salgari, pero que ampliaban nuestros pobres horizontes culturales y eran amenos, adecuadamente seleccionados, e imaginativos. No desbordaban la mente infantil con horrendas y crueles descripciones de las galaxias y los extraterrestres, con figuras de una mitología de la fealdad. En cambio, nos deleitábamos con *Robin Hood*, *Ivanhoe*, *Fabiola*, *Ben Hur* y los maravillosos y descriptivos libros de Stevenson. Los prodigiosos recorridos de conquistadores y navegantes nos llevaban, impulsados por nuestra propia imaginación, al conocimiento de un mundo real y maravilloso. En

No existe nada más decepcionante para alguien que trata de saber, de aprender, que asistir a una biblioteca que no cuente con las suficientes obras que le permitan estudiar.

esa biblioteca conocí las admirables páginas de Dickens, de Sinkievicks, de Chateaubriand y de la señora autora de *La cabaña del tío Tom*.

Luego de esta primera e inicial experiencia, y aparte de la lectura obligada a que nos forzaban nuestros respectivos estudios, la mayor parte de la cual cumplíamos en las bibliotecas de nuestras escuelas y facultades, una biblioteca que recuerdo con gran cariño es la de Ciencias Sociales, en la calle de Tacuba y Filomeno Mata. Regentada por el licenciado Baz, ducho en las ciencias jurídicas y sociales y uno de los propugnadores de la renovación bibliotecaria, ahí, en ella, encontramos macizas colecciones político-jurídicas, obras clásicas del derecho público y privado, libros novedosos que nos abrieron un enorme panorama de la ciencia jurídica. Cuando el empleado que estaba en la entrada no podía orientarnos, nos remitía con el licenciado Baz, quien desde su escritorio de cortina nos recomendaba certera y amablemente más de una docena de obras, que sí poseía la biblioteca en torno del tema. En esa Biblioteca de Ciencias Sociales se formaron, gracias a sus funcionarios, sistemas y acervo, muy buenos abogados, magistrados y hombres de toga.

Mis devaneos con la historia me condujeron más tarde a otra biblioteca del centro de la ciudad, la del Museo de Arqueología e Historia. Era por entonces la mejor biblioteca histórica. Siempre estuvieron atentos a su crecimiento Luis Castillo Ledón, Genaro García, José Núñez y Domínguez. La dirigía aquella bella mujer, musa de poetas como Luis G. Urbina, que la describió con su "palidez de cirio y su languidez de lirio": María Luisa Ross, dada a la lírica y al recuerdo, estaba bien enterada de las ciencias de las bibliotecas y auxiliada por "la Bicha" Chavero, sobrina del viejo historiador, quien manejaba con perfección y celo la biblioteca. A ella concurrían numerosos intelectuales, no sólo historiadores, y se escuchaban relatos y anécdotas del mundo de la ar-

queología y la historia. Ahí fue donde empecé a conocer los códices y las historias del padre Sahagún.

En ese recinto atiborrado de libros que daba a la entrada y al jardín del Museo, se formaron varias generaciones de sabios historiadores.

Después, cuando varios jóvenes despistados nos decidimos a formarnos profesionalmente como historiadores, en el recién creado Colegio de México, fuimos colocados en dos bibliotecas fabulosas: la Biblioteca Nacional y la biblioteca o bibliotecas de la Secretaría de Hacienda. A la primera íbamos a aprender, a tomar lecciones de biblioteconomía que nos impartía Juan B. Iguíniz. Don Juan, hombre de enorme saber, rigORIZADO y gran amante de los libros, conjugaba dos grandes virtudes: la sapiencia y la paciencia, virtudes que le llevaron a ser uno de los más grandes bibliógrafos de nuestro tiempo.

Con estas enormes cualidades, don Juan nos dotó de los rudimentos de la ciencia libraria, nos adentró en el valor y desarrollo de la bibliografía y nos permitió merodear por las múltiples salas, altas y bajas, en donde se encontraban depositados millares de libros. No se nos permitía tomar ni desordenar los libros, para que no desesperaran los ancianos, maduros y poco ágiles empleados, pero en la Secretaría, lo que sería después la caja fuerte, don Juan nos mostraba incunables y preciosos libros de horas europeas, que nos embelesaban, pero que no permitía que manoseáramos. En ese gran monumento, digno recinto y repositorio del pensamiento de todos los hombres de todos los tiempos, quedamos apabullados ante tantas obras, tanto orden, tanta disciplina. Más tarde, cuando me tocó dirigir esa institución, recordaba con gran cariño a viejos empleados, vestidos con lustrosos trajes negros que contrastaban sentados en sus mesitas con las hermosas y blancas estatuas de los genios del saber que custodiaban el salón.

La otra biblioteca a la que sí fuimos confinados, pues a la Nacional sólo íbamos los días de clase, fue

Don Juan, hombre de enorme saber, rigORIZADO y gran amante de los libros, conjugaba dos grandes virtudes: la sapiencia y la paciencia, virtudes que le llevaron a ser uno de los más grandes bibliógrafos de nuestro tiempo.

La Biblioteca de Historia fue la que nos dio cobijo, la que albergó las ilusiones sapienciales de los estudiantes de historia que éramos.

la de la Secretaría de Hacienda, con sus puertas de ingreso por la calle de Correo Mayor. Dirigía esa institución que comprendía varias bibliotecas don Agustín Yáñez. Ya en otra oportunidad hice memoria de mi encuentro y relación con ese gran novelista, con el maestro, con el amigo. Don Agustín encabezaba varias dependencias que la Secretaría de Hacienda, asesorada por especialistas cultísimos y honestos había ido formando para satisfacer el cumplimiento de sus funciones: Jesús Silva Herzog, Víctor Manuel Villaseñor, Luis Montes de Oca, Miguel A. Quintana y su hijo José Miguel. Las principales dependencias eran la Biblioteca de Legislación dirigida con mano férreamente eficaz por Luz García Núñez, una de las bibliotecarias más competentes de México. La Biblioteca de Historia dirigida por don Román Beltrán, quien fungía como coordinador de esas dependencias, principalmente de ésta, de la Hemeroteca y de la prodigiosa sección de Archivos Económicos, una especie de red de *Internet* por su efectividad, su impecable organización y el servicio que prestaba, todo hecho manualmente y con modestísimos recursos. Un taller de encuadernación, colocado en la azotea ayudaba a reparar los libros estropeados que llegaban. Otra biblioteca, la de gala, situada en los patios de Palacio, en el lugar de las fraguas de la Casa de Moneda, y que por su soberbio aspecto y estilo, algunos creían que había sido la capilla del Palacio Virreinal, contenía los libros de economía, los tratados hacendarios, las obras que financieros banqueros y expertos en economía consultaban para orientar el buen manejo de nuestras finanzas.

De entre toda ellas, la Biblioteca de Historia, que tenía como secretaria a la hermosa, gentil, amable y efficacísima Anita Mayer, fue la que nos dio cobijo, la que albergó las ilusiones sapienciales de los estudiantes de historia que éramos. Esta selecta, bien dispuesta y siempre *in crescendo* biblioteca, había sido

formada, casi en su totalidad, por don Román Beltrán. Fue don Román durante varios años comisionado por la Secretaría de Hacienda para recibir los miles y miles de libros que pertenecientes a instituciones religiosas yacían abandonados en enormes bodegas o se incautaban en aquellos años de anticlericalismo. A don Román le tocó recoger los miles de libros pertenecientes al Seminario Conciliar y que eran botados desde salas superiores al patio de la Escuela Secundaria Uno, en donde yo estudiaba. En carretillas y costales esos libros se depositaron en una vieja casa de Pino Suárez, en la cual principió a ordenarlos y a ver por su restauración don Román. Ésta tal vez fue mi primera visión horrenda del desprecio con que se trata a la cultura en nuestro país. Escenas semejantes a ésta debió contemplar el señor Beltrán, y seguramente tuvo que hacer enormes esfuerzos para organizar esos tesoros que repletaban las bodegas de la biblioteca.

Ahí, con gran amor, conocimiento y en función de auténtico misionero de la cultura, don Román fue formando la biblioteca de Historia, que se acrecentaba con donaciones, compras y otros medios. Beltrán poseía amplia cultura, era infatigable y honestísimo, y así pudo seleccionar y separar las obras estrictamente religiosas y eclesiásticas de las humanísticas. Acomodó en viejos libreros hechos de tablas y polines de madera las obras que llegaban sin cesar, y en enorme salón colocó las obras de carácter humanístico, de acuerdo con las reglas que norman las bibliotecas. Hizo restaurar cientos de libros, formuló catálogos e hizo de ese acervo un fondo modelo, rico, ejemplar. Puso orden en la casa, principalmente en aquellas partes que no eran de lucimiento, como sí lo eran la biblioteca de legislación y la hacedaria.

Para nosotros constituyó un privilegio trabajar en ella, tener un contacto directo con las obras, poder apreciar no sólo sus preciosas envolturas, sino



también la perfección tipográfica y editorial, leer en edición "princeps" cuanto nuestra curiosidad apetecía. Ahí, al arrimo de un auténtico tesoro, apoyados por inteligentes, preparados y eficaces bibliotecarios, trabajamos varios años. En ese vasto y luminoso salón, presidido por las imágenes de Jerónimo López y del padre Loza, que lucía esta inscripción: *Hic jacent ossa venerabilis Loza*, fuimos aprendiendo historia, paleografía, latín y la historia de las instituciones que impartían con hondo y denodado saber, Silvio Zavala, Agustín Millares Carlo, Concepción Muedra, Ramón Iglesia y otros sabios varones, en cuyas diestras manos y mentes lúcidas pusimos nuestra formación.

La organización, el amplio y severo conocimiento de su persona, la gran riqueza de su acervo, las enormes facilidades tenidas en ella me hace colocarla como una de las bibliotecas más formativas que he conocido y de las que me he servido en mi continuo recorrer de una a otra biblioteca.

Ahora, haciendo trabajar mi ya oxidada máquina de la memoria, y apoyado en un trabajo excepcional aquí realizado para enlistar algunas de las obras más salientes, voy a tratar de recordar algunos de esos libros que a mí y a mis compañeros alumnos fundadores del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México, nos impresionaron.

En primer término señalo aquellos libros jurídicos y de legislación, que por tener casi todos nosotros la profesión de abogados nos interesaban, y que nos importaba manejar detenidamente en preciosos ejemplares impresos en los mejores talleres europeos. Así, nuestra sorpresa y gusto se acentuó al hojear y ojear *Las Siete Partidas*, en la preciosa edición de López de Tovar de 1588; las *Ordenanzas del Consejo de Indias* de 1636; las *Ordenanzas de la Ciudad de México* expedidas por mandato del virrey Revillagigedo y también las *Reales Ordenanzas de Minería*, impresas en la notabilísima imprenta de Ibarra, en Madrid, en 1873. La contrarréplica a estas ordenan-

zas, o sea las *Observaciones* a ella de Francisco Javier Gamboa, también significaban parte de nuestro aprendizaje. Ahí mismo conocí el *Tratado de Confirmaciones Reales* de León Pinelo.

Inmersos en los cursos de historiografía, era gozoso encontrar obras como las *Cartas de Relación*, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz, la *Historia* de Gómara y Solís, las *Décadas* de Herrera, la *Idea de una Historia de América* del Caballero Boturini o la *Historia Antigua de México* de Clavijero en su edición "princeps" de Cesenna en 1780. Las grandes sumas históricas como la de Gil González Dávila y las crónicas de Burgoa, Medina, Remesal, Fernández de Piedrahita, Gregorio García significaban un solaz, y lo mismo ocurría cuando repasábamos las admirables páginas de Joaquín Bolaños, *La portentosa vida de la muerte*, que tanto elogiara con nosotros Agustín Yáñez. Plácidamente saboreábamos las *Memorias históricas de la Congregación del Oratorio* de Gutiérrez Dávila, así como el *Próximo evangélico* de Díaz de Arce. Picaban nuestra curiosidad y las enseñanzas lingüísticas que recibíamos del maestro Jiménez Moreno, la *Psalmidia Cristiana* del padre Sahagún, impresa por Ocharte en 1583; el *Arte de la lengua mexicana* de Vázquez Gastelum de 1673; las *Noticias de la lengua Huasteca* de Tapia Zenteno y otros vocabularios y cartillas de los primeros años de la evangelización. Los cursos de historia de la cultura y de las ideas nos acercaban a Juan José de Eguiara y Eguren, cuyos manuscritos revisamos fervorosamente en esta biblioteca. Tal vez esa primera impresión me ha llevado a adentrarme en su estudio y prohijar su publicación. También nos deleitaba ver los *Elementa Receptoriae Philosophiae* de Díaz Gamarra y la *Historia de la Compañía de Jesús* del padre Florencia del año 1694.

Pero si de la historia mexicana y de la de América que también estudiábamos teníamos rico y variado arsenal, de la historia universal, de las humani-



Obras impresas en los talleres mexicanos nos entusiasmaban tanto por su contenido de recio espíritu nacionalista, cuanto por su calidad tipográfica.

dades en general, podíamos contar con un repositorio excepcional. Como éramos noveles en las lenguas clásicas resultaba muy gratificante y a la vez sorprendente encontrar el *Lexicon graecum*, editado por Plantin en 1572 y el *Thesaurus linguae latinae*, impreso por el notabilísimo Etienne en Lyon en 1573. El hallar entre sus fondos varias impresiones de Calepinos nos llenaba de alegría y hacíamos grandes esfuerzos para aprender los signos hebreos y del siriaco y cotejar las palabras en sus versiones inglesa, francesa y germana.

Los cursos de don Agustín Millares nos habían iniciado en la lectura de los clásicos, por lo que el hallazgo de las obras de César, que eran en las que nos aplicábamos más, nos alegraba; más, teniendo junto a Plinio, Séneca, Quintiliano, y Cicerón. Contemplar en delicadas ediciones las obras de Aristóteles, Tácito, Terencio, Homero, Horacio y más tarde las de los sabios Newton, Nieremberg, Kircher, con su atractivo *Aedipus Egiptiacus* de 1632, resultaba sensacionalmente gratificante. Las profundas ideas políticas de Saavedra Fajardo, de Solórzano Pereira y las más tardías de Diderot, D'Alembert y Voltaire se nos hacían más importantes con las preciosas ediciones que tenían aquellos fondos que son parte de los que aquí se encuentran, pues éstos se han acrecentado y enriquecido. Algunos de los libros ostentaban marcas de fuego y sensacionales *ex libris*, como uno de Kircher que lleva el autógrafo de don Carlos de Sigüenza y Góngora. Las grandes obras de teología, de doctrina y devocionales contenían *ex libris* de la Biblioteca Turriana, del convento de San Francisco y del de Santo Domingo, entre otros.

Obras impresas en los talleres mexicanos nos entusiasmaban tanto por su contenido de recio espíritu nacionalista, cuanto por su calidad tipográfica. Así leíamos placenteramente las descripciones sobre la Nueva España en las que se descubría y describía la naturaleza de esta grandiosa y próspera sec-

ción de América, redactadas por ese insigne sabio potosino que fue Villaseñor y Sánchez. Y junto a este tesoro que es el *Teatro Americano*, la sesuda disertación político-económica que es el *Norte de la Contratación de las Indias* de Veitia, linaje emparentado con la dinastía de los Echeverría y Veitia, quienes a más de historiar la provincia poblana, especularon con la historia antigua de México.

Así, en los quietos salones de la Biblioteca de Hacienda, nos deleitábamos también admirando el *Novus Orbis* de Juan de Laet, precioso ejemplar elzeviriano de 1642; el *Atlas Novus* de Jansonio, también de 1642, año de las ediciones magníficas de Flandes. Sorpresivo para nosotros fue recrearnos con el *Tratado de Arquitectura* de Vitrubio, en el ejemplar surgido en Florencia en 1522.

Sorpresa tras sorpresa experimentábamos al hallar en los plúteos de esa maravillosa biblioteca, las admirables poesías y escritos de Santa Teresa y de fray Luis de León, y junto a ellos los libros de poemas de la décima Musa, Sor Juana Inés de la Cruz, y también los de Carlos de Sigüenza y Góngora. En fin, no puedo detallar más a riesgo de hacer de estos alejados recuerdos un inmenso catálogo. Prefiero que los presentes recorran los pasillos de esta biblioteca y hallen en sus anaqueles los libros gloriosos que influyeron en nuestra formación y que nos encaminaron a fortalecer nuestra vocación, a afinar nuestro gusto y sensibilidad, a transmitirnos parte de la sapiencia que esos libros conservan y que existen en esta formativa biblioteca, una de las que más ha actuado con esa hermosa y noble función, en el desarrollo cultural de la sociedad capitalina, de la cultura nacional.

Mención aparte merecería reseñar el acrecentamiento y desarrollo de esta biblioteca durante las eficaces y positivas administraciones que tuvieron bajo la inspiración de Raúl Noriega y la de Gustavo Pérez Trejo, que culminaron con su traslado a este histórico y bello local.

